

## PERDERME UNA Y OTRA VEZ (VIENA BAJO CERO)

De todos los lugares donde he vivido, Viena ha sido el lugar donde he llegado a estar a menos grados bajo cero y donde la presencia del sol ha sido más breve durante el día. Así que el día a día en este lugar para mí es un noche a noche, sobre todo porque mis temporadas de consultoría son en invierno, cuando oscurece a las tres o cuatro de la tarde y amanece a las diez de la mañana. Paso entre diez y doce horas diarias atendiendo longitudes nubladas desde el onceavo piso de una oficina con vista al Antiguo Danubio hecho hielo. Es también el lugar donde más me he atrevido a extraviarme, donde menos miedo he sentido ante mi nula capacidad de ubicación geográfica<sup>1</sup>.

Andar por Viena es encajar los pasos en la laberíntica ciudad de las Naciones Unidas (*the UN City*). Una ciudad burbuja de arquitectura kafkiana y setentera, con puertas que parecen de submarino en los costados de las paredes; ciudad circular mas bien elíptica, con salas con esquinas curvas y una rotonda central donde cada día se expone una pintura, canto, baile o discurso político de algún país y cultura diferente; contenedores, giros, elevadores (de personas/de carga), marcos de escaners de rayos x (es como andar *in transit* por un aeropuerto permanente), contraseñas, revisiones, conexiones, oficinas, cafeterías, bancos y pasillos, muchos pasillos; una ciudad donde cada tanto me mareo y me refugio en cualquier

---

<sup>1</sup> Cristina sostiene que sufre lo que ella titula dislexia espacial, un laxo casi nulo sentido de orientación. No importa cuántas veces se le señale, si con dibujos, referencias o puntos cardinales, no comprenderá, dirá a ver otra vez, saldrá directo en sentido contrario y te dirá casi molesta es que no me digas norte o sur, subes o bajas, los nombres de las calles, iglesias o edificios, a mí nomás dime derecha izquierda y cuántas cuadras, a lo que la respuesta será ya te lo dije ayer, anteayer, la otra vez que viniste, a lo que ella replicará es que no entiendo, ¡no se me graba!. Argumenta que bien se puede extrapolar la situación a ciudades tangibles o intangibles: el corazón del hombre de quien esté enamorada, libros de descripciones extensas como el de Branica, su página en blanco o a media escritura y los terrenos interiores de la ciudad que arrastra.

elevador que me lleve al primer piso donde me enfilo a la rotonda central y vuelvo a iniciar la búsqueda de mi propia oficina.

Al salir de ahí, Viena ya está a oscuras. Y la Viena nocturna no es una Viena de fiesta, al menos no en la superficie. La mayoría de los locales están cerrados desde las cinco de la tarde. La gente suele irse a casa temprano. Si hay bares funcionando es en lugares cerrados, tras una puerta pequeña que para alguien fuereño no arroja ninguna pista de lo que pasa por dentro. Por la calle no percibes ningún ruido, radio, televisión, coche con música o gritos. Escucho mis pisadas y de tanto andar por calles de película sin sonido termino adentrándome en esas otras calles que traigo adentro. Esa es la Viena que transito. Una masa oscura donde la poca gente que camina con mirada furtiva no es la misma gente de la luz del día. Por las mañanas predomina la gente blanca, caminando de prisa; por la noche, turcos, egipcios, latinos, africanos, orientales, de pie, sosteniendo una espera furtiva. Por el centro, en cada esquina, hay tiendas con cortinas de acero cubriendo las entradas, escaparates iluminados que escasos transeúntes “lamen”, como *Los excluidos* de Jelinek, puestos de salchichas y kebab, pasos y voces que se aminoran cuando baja la temperatura.

Mi sensación vienesa es una constante impresión de extravío. De silencio. De no estar donde parece que estoy. Sea porque no hablo el alemán de sus rutas empedradas o por no entender los códigos de energía nuclear en los pasillos kafkianos, por perderme en calles de nombres con terminaciones idénticas o por oficinas donde todas las puertas son iguales, mi caminar se vuelca hacia adentro, hacia la nostalgia, la fantasía, la angustia y la premeditación, hacia calles interiores en las cuales también, irremediabilmente, me pierdo.

Es un andar en penumbras, en dubitación, atravesando una y otra vez zonas en reconstrucción que me parece ya he cruzado antes pero no recuerdo bien a bien.

Lo curioso es que en ninguna otra ciudad me he atrevido a perderme tanto como aquí. Aunque no sepa en que lugar esté, si me adentré o me alejé del *ring*, si estoy mas al sur o más al norte o si ya crucé fronteras entre distritos, sé – por su eficiente servicio de transporte público – que cada pocos minutos me toparé con un bote salvavidas llámese estación de metro, autobús, tranvía o renta de bicicletas, cada uno de los cuales funcionan a lo largo de toda la noche. La infraestructura de la ciudad inyecta seguridad: está iluminada, hay un transporte público seguro, puntual y ultra-regularizado, mucha gente se mueve a pie y en bicicleta (más en verano, claro), hay una proporción suficiente de extranjeros para que mi cuerpo no atraiga miradas incómodas, los taxis son pocos, seguros y registrados, hay cámaras de seguridad y muchas otras medidas que envalentonan mi caminar de disléxica espacial en miniminifalda a las tres de la mañana del centro a mi casa: no pasa nada.

La oscuridad es entonces laxitud y libertad. La prisa se va con el poco sol, las citas y compromisos se apagan. No hay que llegar a ninguna hora a ningún lugar, al menos no en mis caminatas. La angustia de no saber en donde estoy se ha ido convirtiendo en una compañera, no más antagonista. Y curiosamente - o tal vez por irme acostumbrando a la sensación de extravío en el afuera - empecé a caminar por mi escritura con la misma seguridad de que me perdería, y de que no habría ningún problema en ello. Tras completar mis primeros meses en Austria varios cuentos, traducciones y poemarios, así como corregir libros que ya tenía terminados, de un par de años para acá me he adentrado más en los terrenos de la novela, en paseos por personajes y situaciones sin rumbo fijo, por caminos

subterráneos hacia ciudades que yacen bajo la que me habita. Los pocos cuentos que inicié en Viena comenzaron a circular por rodeos y pasajes peatonales que me llevaban a historias inesperadas, a precipicios de personaje de novela, de cuento largo, de cuento-ensayo o de cuento-poema. Empiezo a adentrarme de lleno en el no saber hacia dónde voy escribiendo...

Creo que al vivir en otro país uno empieza a sentir que sus regiones interiores se transforman, que la ciudad que llevas dentro sufre modificaciones, que ciertas áreas se construyen al estilo de ese país que te rodea sin que lo hayas pedido y que estás varada en medio, sin poder dar marcha atrás. Empiezas a extraviar quién eres. Y empiezas a extraviarte en lo que escribes... Así que no creo que la respuesta a una forma de escritura esté en el afuera de un escritor, en lo que ve en Austria o en Japón o en donde esté viviendo, sino en cómo vive lo que ve, en cómo se deja transformar por lo que ve. Un escritor es nómada y extranjero por el sólo hecho de adentrarse en el mundo desconocido de la propia escritura. Sucede que hay quienes lo hacemos, vivir otras coordenadas, pero sin duda la búsqueda esencial está camino adentro, en un extravío oscuro y recurrente, en transformaciones inesperadas, donde nadie, mucho menos el yo-escritura, tiene idea de cómo y por dónde andar.

© Cristina Rascón (Sonora, 1976), escritora, economista y traductora literaria. Es autora de los libros *Hanami* (Premio Latinoamericano de Cuento Benemérito de América), *Puede que un sahuaro seas tú* (Premio regional del Noroeste), *El agua está helada* (Premio Libro Sonorense), *La Economía del Arte*, *Sin conocer el mundo* (traducción de poesía japonesa), entre otros. Ha sido becaria del FONCA, del FECAS y otras instancias. Sus cuentos y poemas han sido traducidos a varios idiomas para medios y antologías internacionales. Consultora para la Agencia Atómica (AIEA), reparte su tiempo entre Austria, Japón y México.

Créditos de fotografías para Carolina de la Peña y Andrés Méndez (<http://policromatico.co.cc/photo>)